

Se ha dicho que la Canción de Yungay es, para nosotros, lo que La Marsellesa para los franceses. Y no se exagera al hacer esta afirmación, pues es tal la popularidad de que goza el himno de Zapiola, que nadie se atrevía a discutirlo. Del hecho de armas memorable que cubrió de gloria al Ejército Restaurador y dio a Bulnes el título de Gran Mariscal de Ancachs, después de más de ciento cuarenta años, sólo ha quedado resonando como un alborozo de bronce el Himno de Yungay, hermoso canto que aprendiéramos en la escuela allá por los días de nuestro Centenario y que seguiremos escuchando siempre en la celebración de las grandes efemérides nacionales.

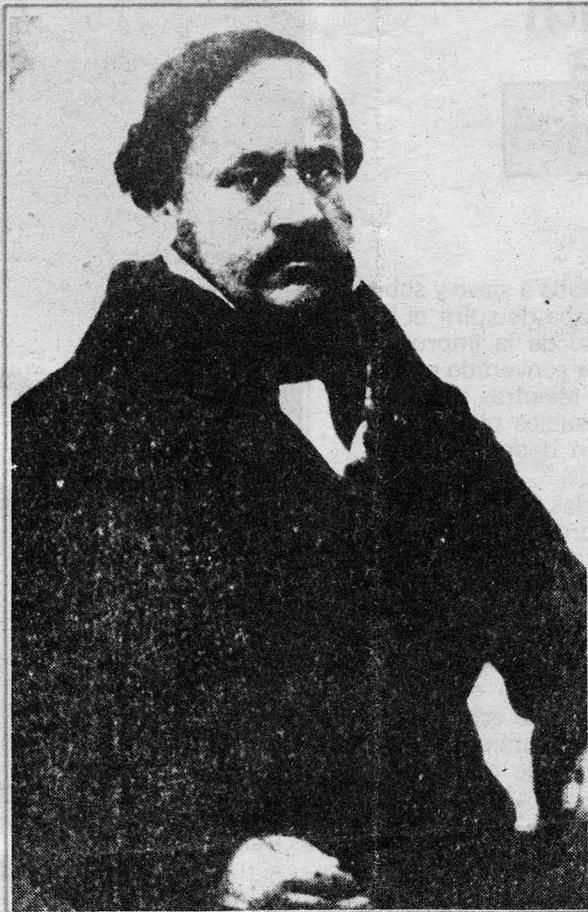
José Zapiola nació en esta ciudad en el año 1802. Su familia era pobre, y él, luego de aprender las primeras letras en una escuela pública, tuvo que dejar los estudios para incorporarse de aprendiz en el taller de un joyero. Pero ni el aprendizaje escolar ni la artesanía del lapidario interesaban mayormente al niño José, pues a él sólo le atraía la música y su pasión era escuchar los sonos vibrantes de las bandas de músicos. Un día cayó en sus manos un pito, lo que le hizo experimentar una de las más grandes satisfacciones de su vida. Luego consiguió de su madre un mate de plata, el que vendió y con cuyo producto compró un clarinete. Una vez en posesión del instrumento, se largó a tocar "al oído", sin maestros ni métodos, hasta llegar a repetir con cierta fidelidad las marchas que tocaban los músicos del batallón de Talaveras.

Esto ocurría en 1815, más o menos. En 1817, después de la gesta de Chacabuco quedaron aquí las bandas de los batallones 8.º y 11.º que pasaron a ser la gran novedad de esos días. Entre la legión de chiquillos que seguían a los músicos por las calles se hallaba a diario José Zapiola. Esta asiduidad no pasó inadvertida por el maestro de banda Matías Sarmiento, el que se ofreció desinteresadamente para enseñarle música.

Zapiola fue alumno aprovechado, y después de recibir no muchas lecciones del maestro Sarmiento, quedó apto para desempeñarse como músico. Y fue así como no tardó en ocupar un puesto en la orquesta del teatro que funcionó por primera vez en la Plazuela de La Compañía. Transcurrido algún tiempo, pasó a ser profesor y director de orquesta.

En 1824, invitado por don Mauricio Palacios, viajó a Buenos Aires con su colega Manuel Robles (el "cojo" famoso, autor de la música de nuestro primer Himno Nacional). En la ciudad del Plata, Zapiola formó parte de la orquesta del teatro, que dirigía el celebrado violinista Massori. Al año siguiente regresó a esta capital. Fue un viaje provechoso que le permitió adquirir nuevos conocimientos musicales y gran experiencia.

En 1826 hizo la campaña de Chiloé con el grado de músico mayor de la banda del Batallón N° 7 de Línea. En 1830 se desempeñó como director de orquesta de la primera compañía lírica que llegó a Chile y que estrenó la ópera de Rossini "El engaño feliz" y luego "El barbero de Sevilla". En 1841 Zapiola viajó al Perú. En 1845 obtuvo el Premio de Honor Musical. En 1852 es nombrado director de nuestro Conservatorio Nacional de Música. En 1853 funda la publicación "Semanario Musical", periódico destinado a difundir el buen gusto por la música de nuestro medio. El 31 de agosto de 1857 da a conocer al público su famoso Himno de Yungay. Su letra había sido escrita por don Ramón Rengifo en abril de 1839.



JOSE ZAPIOLA

En 1864 ocupa el puesto de Maestro de Capilla de la Catedral. Durante ese periodo

compuso una "Misa de Réquiem" y otros himnos sagrados. En 1871 es elegido regidor por Santiago, y al año siguiente publica sus "Recuerdos de Treinta años", con un interesante prólogo de don Ventura Blanco. Las primeras de esas evocaciones del Santiago de antaño ya las había dado a conocer en las columnas de "La Estrella de Chile".

A su prodigiosa memoria y acucioso espíritu de observación se deben esos hermosos cuadros que son sus recuerdos, en los que nos informa de la vida y costumbres de la sociedad santiaguina de principios del 800. Zapiola nos cuenta, por ejemplo, que por esos tiempos no había más de sesenta claves repartidas entre las casas pudientes; veinte o treinta arpas, incluidas las de las chinganas; asimismo buen número de espinetas, especie de clave pequeña. El salterio era muy escaso y sólo había uno hace ciento cincuenta años. Por ese tiempo llegaron los dos primeros pianos que se conocieron en Chile.

Zapiola murió en esta capital en 1885. Mas su nombre y su Canción de Yungay perdurarán todavía durante muchísimo tiempo; es decir, tanto como nuestro Himno Patrio, pues ambos conservan en prodigiosa simbiosis de música y palabras, la resonancia perenne de un poema musical pleno de fervor patrio, y por lo mismo Himno y Canción seguirán vibrando para siempre en el corazón de todos los chilenos. Tal como en este 20 de enero que ya está tan próximo y serán una vez más vitor y gloria en la legendaria Plaza de Yungay.

Jota PPP

- Vendió su mate de plata para comprar su primer clarinete.
- Es el autor de "La Canción de Yungay".